

Introducción

“Sólo los hechos que dejan huella en la conciencia colectiva merecen el reconocimiento de la memoria.”¹ Y en este sentido, pocos hechos de la historia de España han permanecido tan arraigados en la memoria del país como la pérdida de las últimas Antillas españolas.

La independencia de estas islas tuvo para España mucha menos importancia política y económica que la de las colonias continentales; sin embargo, mientras que esta última pasó prácticamente desapercibida para la mayor parte de la población peninsular, la primera, por diversas causas que examinaremos más adelante, se vivió intensamente, prácticamente día a día. El seguimiento fue constante no sólo por parte de dirigentes políticos, intelectuales, o empresarios con intereses coloniales, sino por la de la población en general. Pero si de todos es conocido el impacto que el fin de España como “potencia” colonial en 1898 produjo entre los primeros, que nos han dejado multitud de testimonios documentales relativos a la decadencia española encarnada en aquel proceso, no ocurre lo mismo con el que tuvo en el resto de la población, entre las clases medias y populares; y es evidente que lo tuvo, y fuerte.

Si en la actualidad se hiciera una encuesta por las calles de cualquiera de las ciudades del país sobre la fecha en que España perdió su imperio colonial, probablemente la mayor parte de los

1 Camacho, Ignacio: “Un año de qué”, en *Diario 16* de Andalucía de 12 de octubre de 1993.

encuestados respondería que en 1898. Algunos quizás señalarían que un poco antes; pero sin precisar fechas. Pocos sabrían algo de la batalla de Ayacucho; pero casi todos habrían oído hablar de la guerra de Cuba. Y es que la guerra de Cuba fue un fenómeno que penetró profundamente en la conciencia popular, como lo demuestra el hecho de que el pueblo la ha recogido con profusión en su folklore. Hasta nosotros ha llegado un número importante de canciones populares de la época que hacen referencia al tema; y encontramos también alusiones a ese conflicto en el refranero.

Las causas de la diferencia con que se vieron desde España estos dos procesos independentistas y, en consecuencia, de su mayor o menor pervivencia en la conciencia popular, son varias; pero en ese hecho jugaron un papel esencial tanto el elemento humano que participó en cada uno de ellos, como la intervención internacional en un conflicto que el país consideraba interno.

Por una parte, el sistema de reclutamiento forzoso, y constante, que se empleó para luchar contra la segregación de las colonias insulares —y no contra la del Continente—, hizo llegar los efectos de la guerra a todos los rincones del país. En las guerras de independencia continentales se habían enfrentado, fundamentalmente, criollos, por un lado, y un ejército profesional, por el otro. Pero en el caso de Cuba, y también en el de Filipinas, las guerra, en virtud de esas reclutas forzosas, afectó a un sector considerable de la población peninsular. Eran pocas las familias españolas, especialmente de los sectores sociales menos favorecidos, que no tenían un pariente en el ejército de Ultramar. Y, durante muchos años, los soldados que tenían la suerte de regresar a la Península lo hacían en un estado lamentable; en la mayor parte de los casos enfermos y muchos de ellos ya desahuciados.

Los grupos sociales acomodados podían escapar a esa situación comprando su liberación a un Estado falto de recursos; el

que tenía dinero pagaba, simplemente, una determinada cantidad para que otro, menos afortunado, fuera a la guerra en su lugar. Pero el que no tenía medios económicos no podía escapar a las reclutas de ningún modo; las clases populares no tenían forma de eludir el servicio y, en consecuencia, el pueblo “vivió la guerra en sus propias carnes”, como no lo había hecho desde 1808, desde los tiempos de la presencia francesa en España; la constante sangría que el mantenimiento de las últimas colonias representó para la juventud española, hizo que el fenómeno calara hondamente en el sentir popular; tan profundamente como pocas veces lo había hecho un suceso histórico.²

Por otra parte, el fin de la guerra hispano cubano norteamericana no representó sólo la pérdida de unas cuantas colonias, sino la liquidación colonial, el fin de España como “potencia” en el concierto internacional. Al mismo tiempo, y como afirma Raymond Carr, mientras que la independencia de las colonias continentales fue resultado de una guerra civil, “Cuba fue arrancada a España por la derrota a manos de una potencia extranjera a la que la prensa había enseñado a despreciar”, y llevó aparejada, la destrucción de cualquier vestigio de prestigio que pudiera quedar al país.³

Todo ello significó, como es lógico, una decepción colectiva. Y lo fue no sólo para políticos e intelectuales, sino también, y lo que es más importante, para un pueblo que había visto morir a sus jóvenes inútilmente. Además de la guerra y de una parte considerable de la juventud española, se había perdido “el honor”. El 98 significó así para el país un verdadero “trauma colectivo, que se refleja en la amarga polémica por las responsa-

2 Ver Sevilla Soler, Rosario: “La Crisis del 98 y la Sátira en la Prensa Sevillana”, en *Andalucía y América en el siglo XIX*, T. I, págs. 507-508. Sevilla, 1984.

3 Carr, Raymond: *España 1808-1939*. Barcelona, 1970, págs. 372-373.

bilidades” que le siguió,⁴ y en la que jugaron un papel esencial las publicaciones periódicas.

En relación con este problema, hace algún tiempo inicié un estudio sobre la crisis del 98 en la conciencia andaluza, cuyo objetivo radicaba en el análisis de las reacciones y los sentimientos populares respecto a los sucesos que desembocaron en el final del imperio colonial español. Y aunque posteriormente tuve que interrumpirlo en función de los proyectos desarrollados en el organismo de investigación en que me integré, no perdí por ello el interés por estas cuestiones. Incluso al margen de esos proyectos he continuado con esa investigación, aunque, ante las dificultades que ofrecía el acceso a otras fuentes regionales de la época, limitada al caso sevillano.

Algunos de los resultados de la misma han sido ya publicados en revistas especializadas o actas de congresos, a los que sólo suele tener acceso un número muy limitado de personas, investigadores y profesores universitarios esencialmente. Por eso hoy, al surgir la oportunidad de realizar esta monografía que puede llegar a un sector más importante de lectores, no podía dejarla pasar. Este volumen, en definitiva, no es sino el resultado de todos esos trabajos, uno de los cuales, incluso, por la peculiaridad del material utilizado, se ha constituido en el último capítulo de este libro.

Para su elaboración he partido del examen de la prensa sevillana de la época, y concretamente de cuatro diarios: *El Noticiero Sevillano*, *El Porvenir*, *El Progreso* y *El Baluarte*. Y es que, para un estudio como el propuesto, resulta esencial el análisis de la prensa periódica, aunque haya que tener en cuenta, desde luego, que su valor como fuente para el estudio de la historia es siempre relativo. La prensa, como todos sabemos, reco-

4 Palacio Atard, Vicente: *La España del Siglo XIX. 1808-1898*, Madrid, 1978, pág. 569.

ge a veces en sus páginas simples rumores que poco después no tiene más remedio que desmentir. En ocasiones este hecho viene determinado por el interés de presentar al público la noticia antes que el competidor, sin tiempo para contrastarla. Pero en otros casos la razón estriba —y lo estamos viendo hoy en la prensa diaria— en que esa noticia en cuestión, aunque no sea cierta, o lo sea sólo en parte, interesa a la política de un determinado diario.⁵

Además, la ideología política de cada periódico puede influir no sólo en el hecho de ofrecer o no una noticia a sus lectores, sino también en la forma de exponerla, en la visión que cada uno de ellos presente sobre determinados asuntos en los que se sienta más o menos comprometido. Entonces, como ahora, un sector de la prensa tendía a reflejar en sus páginas la política del gobierno ante determinados problemas. Pero el director —o el propietario— del periódico podía tener, como sucede también hoy, una ideología no sólo diferente, sino radicalmente opuesta a la del gobierno e, incluso, estar claramente comprometido con algún partido de la oposición. Y en caso de existir libertad de prensa, como ocurría en la época que tratamos, su pensamiento se dejaría sentir de manera patente en las páginas de su publicación.

No obstante, a pesar de todos estos inconvenientes, y con las limitaciones que se quiera, no podemos dudar del valor que la prensa periódica puede tener para el estudio histórico. Aunque no siempre nos ofrezca versiones exactas de los procesos, sí puede aportarnos la visión que la población tiene de una determinada problemática y la evolución de esa visión con el desarrollo de los acontecimientos, así como las ideas de determinados

5 El primero de estos casos se producía con cierta frecuencia antes del desarrollo de las comunicaciones, especialmente cuando la noticia procedía de lugares alejados.

sectores sobre aquéllos.⁶ Y puede servir, también, para intentar conocer el impacto que, al margen de ideologías políticas, un fenómeno determinado provocó en los sectores sociales que normalmente permanecían alejados de los circuitos de poder; esos grupos sociales difícilmente tenían acceso a otra información que no fuera la de la prensa, al tiempo que esa prensa era el único medio de que sus reacciones, o al menos parte de ellas, quedaran reflejadas documentalmente.

En el siglo XIX la prensa adquiere importancia como la principal tribuna de la burguesía, como representante de esta clase y de la intelectualidad de la época. En ella se reflejan las distintas opiniones de cada sector ideológico de la sociedad sobre determinados problemas. Y como tal crea opinión y, a veces —como ocurre en esta ocasión—, llega a las masas. La libertad de imprenta imperante en aquellos momentos, ofrecía una oportunidad única a la opinión pública para expresarse a través de diarios y revistas; en sus páginas tuvo lugar una toma de posición de distintos grupos sociales, políticos y económicos frente a la problemática colonial, que, gracias a la difusión de los periódicos, llegó al gran público y se convirtió en tema de interés general.

De este modo la prensa fue, por una parte, exponente de la versión que de los sucesos que condujeron al fin del imperio

6 Muestra de ello son una serie de obras importantes que tratan temas históricos a través de la prensa, haciendo hincapié en uno u otro de los puntos señalados. Entre ellas pueden citarse: *La Independencia de América en la prensa española*, de Jaime Delgado, Madrid, 1944; *La independencia mexicana y la prensa insurgente*, de J.M. Miquel y Verges; *La opinión pública española y la independencia hispanoamericana*, de José Miguel Enciso, Valladolid, 1967, *Les idées sur L'Amerique Latine dans la press espagnole, autour de 1900*, de Guy-Alain Dugast, Lille, 1971; *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*, de Iris, M. Zavala, Madrid, 1972, y, por último, *La imagen de España en América, 1898-1931*, de Rafael Sánchez Mantero y otros autores, Sevilla, 1994.

español recibió el ciudadano de a pie, cuyo único medio para estar al tanto de lo que estaba ocurriendo al otro lado del mar era, como ya se ha dicho, esa prensa; por otro, en virtud de las diferentes versiones expuestas por los distintos periódicos, se convierte también en fiel reflejo de las reacciones de determinados sectores ideológicos y sociales frente a las diversas problemáticas que encerró el proceso. Gracias, precisamente, a esa doble perspectiva, podemos intentar comprender las dos formas tan diferentes en que ese proceso ha pervivido en la memoria histórica, y que han tenido, a su vez, dos vías distintas de expresión: los escritos de pensadores y literatos, en el caso de los intelectuales, y el folklore, en el de las clases populares.

Esa prensa no puede ser, no obstante, la única fuente para un trabajo de este tipo; hay que repasar detalladamente otras publicaciones: novela, poesía, ensayo, etc.; pero lo cierto es que resulta indispensable para los objetivos propuestos. A través de los periódicos, complementados con otras fuentes impresas, algunas de la época, creemos poder lograr nuestro objetivo: observar, mucho mejor que en la documentación oficial, las distintas reacciones e impresiones que en cada sector ideológico de la sociedad andaluza produjeron la guerra con los Estados Unidos a causa de las colonias, y la posterior Paz de París.

Dos de los periódicos utilizados para este trabajo, *El Porvenir* y *El Noticiero Sevillano*, los de mayor difusión, son también los que nos ofrecen una mayor información sobre el problema y, al mismo tiempo, los que pueden considerarse más objetivos, aunque, desde luego, dentro de ciertos límites. Por el contrario los otros dos, *El Progreso*, órgano del partido liberal—en el poder en el momento de la liquidación— y *El Baluarte*, diario republicano, pierden con frecuencia la perspectiva real del problema en sus intentos por defender o atacar, a toda costa, la labor del gobierno.

Pero con el examen de todos ellos, con sus aciertos y errores, es evidente que podemos llegar a tener una idea, al menos aproximada, de la visión que la sociedad sevillana tuvo del problema; y, hasta cierto punto, de su opinión u opiniones al respecto. Al tratarse de publicaciones con ideologías y afectos diferentes, parece que con ellos se cubre un amplio espectro de la sociedad de la época y se puede proceder al análisis de la independencia cubana no como proceso histórico, algo que ya se ha hecho repetidamente,⁷ sino como la vio la Sevilla de aquellos años —con sus aciertos y errores— y, al mismo tiempo, el impacto que tal proceso produjo en ésta.

Se trataría, en definitiva, de acceder a la visión que las publicaciones periódicas transmitieron a sus lectores sobre la “guerra de Cuba” —con todas sus implicaciones nacionales e internacionales—, así como a sus opiniones y reacciones al respecto. En vísperas de la conmemoración del centenario del proceso que nos ocupa, espero poder contribuir con este volumen a la comprensión de cómo la sociedad andaluza vivió aquellos sucesos, y hasta qué punto los intentos de intelectuales y políticos por crear opinión, calaron en ella.

7 La bibliografía sobre esta problemática es abundante, especialmente en los tres países que participaron en la contienda. Ver por ejemplo las obras ya clásicas de Gonzalo Reparaz *La Guerra de Cuba*, Madrid, 1896, *La guerra libertadora cubana de los 30 años* de Emilio Roig de Leuchsenring, La Habana, 1952, o *La guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y el nacimiento del imperialismo norteamericano. 1895-1898*, de Philip. S. Forner, Madrid, 1975.